



# BOLETÍN DEL CLERO

DEL

# OBISPADO DE LEON

## SECRETARIA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL OBISPADO

Aunque el reconocido celo de los Sres. Curas Párrocos, Eónomos y demás Sacerdotes encargados de las Iglesias en esta Diócesis no necesita ser estimulado, Su Excelencia Ilustrísima, el Obispo mi Señor, al aproximarse el mes de Octubre, me encarga les recuerde tengan presentes las circulares dadas acerca de la devoción del Santo Rosario, señaladamente la del número 37 del BOLETÍN del año 1886 y lo dispuesto en la Constitución XXXI de las Sinodales del Obispado, y les signifique su deseo de que los fieles se congreguen, durante ese mes, en los templos para ofrecer á la Virgen Madre el homenaje de una devoción que tantos beneficios ha reportado á la humanidad.

Así lo espera, confiadamente, S. E. Ilma. de su venerable Clero, y no duda, que el mes, que se aproxima, será abundante en frutos de arrepentimiento y conversión, para los pecadores; de fervor para los tibios; de más justificación para los justos y para todos de copiosísimas gracias, trabajando por que todos reciten el Santo Rosario

en esa forma de plegaria solemne y pública, tan recomendada por la Santidad de León XIII, el Sumo Pontífice reinante, en su Encíclica «Supremi Apostolatus» de 1.º de Septiembre de 1883 y en otras posteriores.

León, 23 de Septiembre de 1902.—Lic. Miguel Alvarez, Pbro. Vice-Secretario.

---

UN ARTÍCULO DE “RAZÓN Y FÉ,”

---

Cada día crece en importancia la Revista *Razón y Fé*, publicación mensual que ve la luz pública en Madrid, y que redactada por Padres de la Compañía de Jesús, es un nuevo testimonio, digno de añadirse á los muchos que demuestran lo que valen los hijos de S. Ignacio.

Entre los artículos del número perteneciente al mes de Agosto nos ha llamado la atención, no solo por su mérito, que no es pequeño, sino aun más bien por sus tendencias y aplicaciones prácticas, uno que lleva este epigrafe: *El feminismo sin Dios*.

Débase á la pluma del P. Julio de Alarcón, muy conocido de todos los católicos; el autor de la *Europa salvaje*, el que trituró á Castelar, cuando se atrevió á pesar de dársela de historiador, á desfigurar la persona de ese gigante de santidad llamado Ignacio de Loyola, y el que lo mismo por sus trabajos periodísticos, que por sus obras de más alto vuelo es en sumo grado benemérito de las letras católicas.

El P. Alarcón no solo dice muy buenas cosas, sino que las dice muy bien, habiendo en su estilo sencillo y llano, pero pintoresco y ático á la vez, una magia secreta, que atrae al punto de que cuando se comienza á leer un artículo ó un libro suyo no se suelta el periódico ó el libro hasta terminar la lectura.

Por otro lado, posee el P. Alarcón el don especialísimo, y muy raro por cierto, de no caer en exageraciones, colocándose no en los extremos, por donde no suelen andar ni la verdad ni la justicia sino en el medio.

Tal le acaece al hablar del feminismo. Sucede con este lo que es harto frecuente en las cuestiones sociales; hay radicalismos, ya en un sentido, ya en otro diametralmente opuesto, de todo punto inaceptables, porque contrarios á la naturaleza, son imposibles. Si por un momento se pusieran en práctica, desdichas y catástrofes advertirían á sus autores y mantenedores que habían errado el camino, obligándoles á volver pie atrás.

Así en el asunto del feminismo hay dos tendencias, y por ende dos escuelas. La una, aliada del antiguo paganismo, rebaja á la mujer y la desprecia, considerándola, no compañera sino súbdita, ó para decirlo mejor, esclava del hombre, á quien solo según ella, pertenece el señorío del mundo, la libertad y todos los derechos inherentes, como dicen, á *nuestra personalidad*. La otra, en amistad y complicidad unas veces con los grupos y partidos más extremos ó avanzados, que existen, en guerra y lucha en otras ocasiones con ellos, la juzga igual y aun superior al hombre, con misión idéntica á la de este, y merecedora por tanto de participar de sus prerrogativas, siendo el monopolio de privilegios, que se arroga el varón, una usurpación manifiesta, y la emancipación de la mujer noble reivindicación y la más grande de las causas.

¿Es la cuestión del feminismo baladí, de escasa importancia, de esas á las que es ocioso prestar atención, porque las suscita un pensamiento, un capricho que pasa, una loca idea, una pasión de momento, que por sí sola se desvanece? ¿O es una manía insensata, como lo fué en un tiempo la de la *Caballería andante*, que ha de fustigarse, más que con razonamientos, con la sátira y el ridículo, á la manera que con la Caballería lo hizo Cervantes en el Quijote?

No: el problema va tomando graves, gravísimas proporciones, no solo por los debates á que ha dado lugar en el campo de la doctrina ó científico, donde se pelea con ardor, esgrimiéndose armas de toda clase, sino por las reivindicaciones ó concesiones que la mujer ha obtenido ya á estas horas en pueblos que pretenden pasar por los más adelantados.

Naciones hay, donde mujeres no solo desempeñan la teneduría de libros de casas y sociedades mercantiles y se dedican á oficios, que en pasadas edades se reputaban impropios de su condición, como es por ejemplo el de telegrafistas, sino abogan en los tribunales de derecho en causas civiles y criminales, asisten á los enfermos en calidad de profesores médicos, hacen operaciones quirúrgicas y aún toman parte en la dirección de la cosa pública ora como electoras, ora como elegibles para la administración municipal ó regional.

No es, pues, el caso para mirado con indiferencia, dado que lo vemos, y era imposible que así no sucediera más pronto ó más tarde, salir del campo de la teoría para producir realidades prácticas, y por extremo trascendentales.

La mujer, considerada unas veces, desdeñada otras, ha sido y será siempre un factor importantísimo en la vida del género humano. Ayer y hoy se la ha visto influir en manera provechosa ó por desastroso modo en la suerte del hombre; y es que mejor ó peor tratada, al fin y á la postre es esposa, madre é hija, y la esposa no puede menos de poseer ascendiente sobre el esposo, y la madre sobre los hijos y la hija sobre los que le dieron el sér y sobre los que con ella moran bajo un común techo.

Así advertimos, leyendo la historia, que es como ley de ella que en los yerros del hombre intervenga más de lejos ó más de cerca una mujer funesta, y á la vez que en la frente de los grandes hombres se perciba distintamente el reflejo de la grandeza de una mujer superior, que en una ó en otra forma haya hecho sentir su fuerza.

Agripina y Nerón, Cleopatra y Antonio por una parte, Cornelia y sus hijos, por otra son fiadores de esta indudable verdad.

No es pues, asunto de poco interés la suerte ó condición

de la mujer; ni puede dudarse que el Cristianismo al sacarla de la abyección en que se hallaba, al infundirla el sentimiento de su dignidad, al darle el puesto que le pertenece en el hogar y en la sociedad humana, al enseñarle y comunicarle las virtudes, que deben ennoblecerla, y al presentarle el tipo arrobador, de que ha de ser copia, en la Sma. Virgen, doncella, esposa y madre, ha hecho á la mujer una merced invaluable; pero á la par ha prestado un servicio eminente al mundo.

La gracia de Dios sin duda ha sido el agente de las maravillas, que contemplamos los que vivimos después del advenimiento de Jesu-Cristo á la tierra; pero entre los resortes y medios de que la gracia se ha servido para su obra, esto es, para llevar á término la transformación prodigiosa, á que asistimos, es uno de los principales la elevación de la mujer.

La esposa cristiana, tan fiel, tan tierna, tan sufrida, tan generosa; la madre, modelada según el Evangelio, tan desinteresada, tan amante, tan exenta de egoismo, tan llena de sublime abnegación; la hija, la doncella, angel más que mujer, derramaban la virtud y con la virtud la felicidad en el hogar, saliendo fuera y llegando á todas partes el suave aroma de su santidad, que ahuyentaba el vicio y el pecado; que excitaba el amor del bien y que inspiraba los nobles pensamientos, que son padres de las altas empresas.

El catálogo de las mujeres cristianas, obradoras de tantos prodigios, es interminable. Leed el martirologio, y apenas si las podreis contar: estudiad los anales de la Iglesia, y quedareis atónitos observando en qué grado y hasta dónde han contribuido, frecuentemente desde un oscuro rincón, al bien de los pueblos y al desarrollo de la pública prosperidad.

Mas al realzar el Cristianismo á la mujer no la impidió que, dentro de las nuevas condiciones que le creaba, trabajara en su perfeccionamiento; todo lo contrario, para ella, como

para los demás hijos de Adán, pronunció Jesu-Cristo aquellas palabras: *Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.*

La mujer, pues, debe procurar su perfeccionamiento moral, santificándose; mas para cumplir más fielmente su misión ha de aspirar al perfeccionamiento intelectual y al mejoramiento de su condición en todos los órdenes de la vida.

Esto no es solo legítimo, es racional y es justo, sino que puede aún apellidarse santo; lo que no es ni santo ni justo, ni racional ni legítimo es que la mujer se salga del círculo de acción, que la naturaleza y la ley evangélica le han trazado, lanzándose por vías, que conducen irremisiblemente á su ruina.

Se ha dicho, y es verdad, que cada hombre tiene su vocación, y que equivocarla es mal de consecuencias irreparables. Si el que nació con instintos de artista se dedica á la ciencia, el arte habrá perdido un pintor, un escultor excelente... y la ciencia no habrá ganado un sabio. Si el que sintiéndose llamado al estudio de las matemáticas, se empeña en darse al de la filosofía, ni resultará matemático ni filósofo. El que sin vocación al matrimonio se casa, se hará desgraciado y labrará la desdicha de su esposa y de sus hijos... Triste cosa es, no hay que dudarlo, errar el camino.

Pues todavía se acarrea desventuras mayores que la mujer, cuando se aparta de las sendas, que su naturaleza, sus prendas y sus destinos le señalan. Los tesoros de ternura, de abnegación, de sensibilidad, que Dios ha depositado en su pecho se esterilizarán. Esas cualidades y otras, como son su viva imaginación, su acalorada fantasía y sus apasionamientos la crearán peligros y la arrastrarán frecuentemente al desorden, y la que debía ser luz, consuelo, paz, ejemplo en el hogar y fuera de él, se convertirá en piedra de escándalo y objeto de abominación, ó á lo menos en monumento risible de la vanidad.

Somos partidarios de que la mujer se eduque y se ins-

truya: queremos que se cultive su entendimiento hasta donde las facultades de que cada una haya sido dotada permitan: deseamos que se abran amplios horizontes á su acción... pero no podemos aprobar que la mujer se transforme en hombre, ni que el feminismo de buena ley se transfigure, como decía en cierta solemne ocasión un catedrático doctísimo de esta universidad, en masculinismo, pues perdería con esto su respetabilidad, sus encantos y su influencia. Educada, instruida, perfeccionada, realzada según el pensamiento divino, se agigantará su poder. Llevada por otros terrenos, se perderá en las soledades del desierto ó entre los bosques y en medio de la maleza.

Por eso, y porque en estas nuestras ideas abunda el Padre Alarcón recomendamos su artículo, no pudiendo renunciar al placer de copiar estas palabras suyas, en las que de mano maestra hace el elogio de la mujer española.

»La mujer española es el tipo más privilegiado de esa raza (la latina) y no decimos de todo el género femenino, porque no frunzan demasiado el ceño las pálidas hijas de las nieblas germánicas ó británicas. La mujer española, que si baja los ojos hacia lo más humilde se encuentra con la santa labradora María de la Cabeza, esposa de San Isidro, que si los levanta hasta las alturas del trono divisa á Isabel la Católica y si los alza aún más hasta las alturas del saber y la santidad, contempla á la mística doctora Teresa de Jesús; la mujer española rechaza cuanto la aparta de Dios.»

»La mujer española no se entusiasma, no, con los heterogéneos y antitéticos elementos de los congresos femeninos de Chicago y de Londres, y con un muy significativo mohín deja que en Austria se apasione el bello sexo feminista por la bicicleta y la indumentaria hombruna: que en Rusia se multipliquen bajo la protección de Nicolás II las mujeres que profesan la medicina y la cirugía, que en Francia, imitando á las

muchas norteamericanas que se ganan la vida en la prensa periódica, figuren ya mujeres periodistas...

Pongamos punto aquí á la cita, pero recordemos antes una hermosa sentencia, que recojemos del P. Alarcón mismo, y con la que nos place dar fin á estas líneas, para que la saboreen nuestros lectores como suavísimo caramelo: »Sí, la mujer puede todavía salvar á España, salvar al mundo; pero la mujer con Dios; la mujer sin Dios acabará de perder al mundo y á España sin remedio.»

---

## EDICTO

---

En virtud de Providencia dictada por el M. I. Sr. Dr. Don José Fernández Bendicho, Pbro., Dignidad de Arcipreste de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad, Provisor y Vicario general de este Obispado, se cita, llama y emplaza á Manuel Cabrero, cuyo paradero se ignora, para que en el término de quince días contados desde su publicación comparezca en este Tribunal á cumplir con la Ley de consejo paterno acerca de su matrimonio que su hija María Josefa Cabrero López intenta contraer con Manuel Sarmiento Polanco, con apercibimiento de que sino comparece se dará al expediente el curso que corresponda. Tribunal Ecco. de León á veinticuatro de Septiembre de mil novecientos dos.—Dr. José Fernández Bendicho.—Por mandado de Su Sría., Lic. Rufino Barthe Vigil.